

Por fin, la Reina, á quien molestaban con empeños en favor de otros candidatos los personajes de su familia y de su corte, se resolvió á seguir los impulsos de su conciencia, y mandó á llamar á Fr. Luis, quien se hallaba entónces en Santaren, convaleciendo de los efectos de una caída. La Reina, despues de haberle recordado que en otra ocasion le habia ofrecido en vano la mitra de Viseu, le intimó su voluntad en los términos mas perentorios, declarándole que, por lo mismo que la desmoralizacion y la impiedad habian hecho tantos progresos en Braga, se requeria, para poner freno á tanto desórden, un hombre de su ánimo y de su reputacion, y que no habia encontrado uno mas capaz de tan escabrosa tarea, despues de haberlo meditado largamente, en términos de desconfiar de la salud de aquellas almas, si él, con su ejemplo y con sus palabras, no acudia pronto á socorrerlas. A estos argumentos añadió la Reina los derechos de su amistad, dando á entender con sentidas voces y afectuosas miradas, cuánta sería su satisfaccion al ver colocado en tan alto puesto á un hombre que tanta confianza le merecia, y de cuyo trato habia sacado tan copiosos frutos en bien de su alma.

Oyó Fr. Luis aquel razonamiento con profunda humildad y silencio respetuoso, y cuando la Reina hubo concluido, preparando diestramente su ánimo con un exordio lleno de suavidad y gratitud, insinuó poco á poco la magnitud de la empresa que pensaba confiarle, y concluyó negándose, con varonil y santa firmeza, á recibir una distincion tan opuesta á su carácter como á los hábitos de su vida modesta, retirada y laboriosa. La Reina conocia demasiado la veracidad y rectitud de su confesor para insistir en el infructuoso empeño de reducirlo. Asi que, ahogando la pesadumbre que esta negativa le ocasionaba, mudó de sistema y puso en manos de Fr. Luis la eleccion del nuevo arzobispo. Fr. Luis aceptó gustoso este encargo, y pidió algun tiempo para meditar en su acertada ejecucion, trascurrido el cual se presentó en palacio, y designó, como persona eminentemente apta para tan alto y delicado oficio, al Maestro Fr. Bartolomé de los Mártires. Aprobada por D.^a Catalina esta indicacion, y llamado á su presencia Fr. Bartolomé, no es ponderable, dice uno de sus biógrafos, la consternacion de su alma al saber de boca de la misma princesa la resolucion que en su favor habia tomado. Presentáronse á su espíritu las mismas razones con que habia prevenido á Fr. Luis los riesgos de que aquella elevacion estaba circundada, y cuando se hubo recobrado algun tanto de su sorpresa, expuso á la Reina los motivos que lo asistian para rehusar, en aquella ocasion, el obedecimiento debido á sus mandatos. La Reina temerosa de los nuevos aprietos en que se veria, si le fuera preciso buscar otro sugeto, que no fuese de los muchos que ansiosamente solicitaban la eleccion, sostuvo con Fr. Bartolomé una larga conversacion, de la que no sacó provecho, ántes bien desaliento y enojo, viendo frustradas ya por dos veces sus buenas intenciones, y burladas las esperanzas que habia abrigado de hacer un nombramiento contra el cual ninguna objecion pudiese suscitarse.

Fr. Bartolomé salió tambien descontento y agitado de aquella audiencia; encerróse en su celda, y á riesgo de ser tenido por descortés, resolvió evitar toda ocasion de volver á palacio, y de exponerse á nuevas incomodidades.

La Reina, no obstante la penosa impresion que le habia hecho aquella entrevista, concibió tan alta idea de Fr. Bartolomé, y descubrió en él tantas dotes privilegiadas, que no quiso darse por vencida, ni desistir de su primera determinacion. Para llevar á cabo su empeño, mandó llamar á Fr. Luis de Granada, y lo comisionó cerca de su amigo, para que emplease todos los medios posibles en reducirlo á cumplir sus deseos, echando mano de su autoridad como superior, ya que no bastasen las persuasiones de la elocuencia y los ruegos de la amistad.

Fr. Luis se decidió á prestar entera obediencia á este mandato, porque lo calificó de justo y conveniente, atendidas las cualidades del prior de Benfica, sumamente acomodadas en su entender al destino que se trataba de conferirle. Fué pues á visitarlo, y tuvo con él una larga y animada conversacion, lucha obstinadamente sostenida por ambas partes, con todos los recursos que prestaban á los combatientes el saber profundo, la humildad cristiana y el deseo del bien de las almas. Fr. Bartolomé, sin embargo, se obstinó en su negativa, miéntras su amigo y superior se manifestaba cada vez mas empeñado en vencerlo. Al cabo, prefiriendo á toda consideracion humana el cumplimiento de lo que ya era para él una sagrada obligacion, un lunes 8 de agosto de 1558, habiendo mandado tocar á capítulo, y reunida en el coro toda la

comunidad, puesto en pié Fr. Bartolomé por orden suya, despues de dirigirle una plática, en que sobresalian de consuno las sólidas doctrinas y los sentimientos afectuosos, le impuso solemnemente la obligacion de aceptar el arzobispado de Braga, para el que lo habia presentado la Reina, bajo pena de excomunion. Fr. Bartolomé, no teniendo ya recurso de que echar mano, dando grandes muestras de afliccion y abatimiento, protestó que obedecia por no mostrarse perjuro ni rebelde al precepto de su superior, y prometió no alterar en nada su método de vida, y no gastar las rentas de la mitra, sino con arreglo á los cánones y á los ejemplos y consejos de los santos. A esto respondió Fr. Luis, dirigiendo al candidato saludables amonestaciones sobre la conducta que debia observar en su nueva dignidad, las que Fr. Bartolomé puso inmediatamente por escrito, en un papel que le servia de registro en el breviario de su uso.

Acabado el término señalado por las constituciones de la Orden para el ejercicio del provincialato, Fr. Luis se retiró al convento de Lisboa, para observar con escrupulosidad, como lo hizo, todos los deberes de la vida cristiana y religiosa; no solo aquellos que se imponen á la generalidad de los hombres, como absolutamente necesarios á su salvacion, sino los que adoptan los espíritus privilegiados, para adelantar mas y mas en la perfeccion de sí mismo, y en la union con su Creador. De cuando en cuando, ni aun la soledad de su celda lo alejaba bastante, en su entender, de los peligros del mundo; y para dar mas desahogo á sus afectos, y acercarse mas al objeto continuo de sus meditaciones, se acogia al silencio de los campos, donde encontraba, al mismo tiempo, aquel deleite que siempre producian en su alma los espectáculos grandes y majestuosos de la naturaleza inculta. El sitio que, durante su residencia en Lisboa, escogió para tan piadosas expediciones, era ese mismo convento de Nuestra Señora de la Luz de Pedrogaon, de que hemos hecho mencion en otro lugar. Para describir dignamente esta localidad, no podemos hacer cosa mejor que trasladar la pintura que de ella hace el ya citado Muñoz, tanto porque la tenemos por fiel y exacta, como porque vemos en su estilo una no desacertada imitacion del que el mismo Fr. Luis usaba, cuando tocó semejantes puntos. «El sitio, dice, de la villa (Pedrogaon) es corona de una alta y descompuesta sierra: queda el monasterio á una ladera, por donde se baja al rio Zezere, acompañada toda de peñascos y árboles silvestres. Está en parte tan encumbrada y alta, que de cualquiera parte hay unos precipicios ó derrumbaderos, que, mirando abajo, hacen temblar el corazon mas animoso, causando miedo grande á la vista. Crece el pavor con la corriente de dos rios que en lo profundo de esta gran sierra se juntan: uno es Zezere, caudaloso de aguas, impetuoso en la corriente. El otro es Pera, menor en todo, y el vecino poderoso le quita el nombre y las aguas, y las hace propias al juntarse, dejando hecho un ángulo de piedra viva debajo del monasterio: de manera, que queda como cercado de ambos rios. Traen ambos grande ímpetu y se vienen furiosamente quebrando entre peñascos y lozas: causan un medroso ruido, que se hace oír muy de léjos. El que de moderada distancia considera la postura del convento, los riscos y matorrales que lo cercan, la profundidad y oscuridad con que los dos rios bañan las raices de los montes, y compelidos se aprietan por pasar entre los peñascos como pueden, de que resulta una consonancia triste; lo grueso y pesado del mas caudaloso, con el agudo y menos grave del Pera; el que mira las sierras desde léjos, de que están cercados, unas que suben hasta esconderse entre las nubes, otras mas bajas que, con malezas ásperas, son habitacion de jabalies, lobos, y otros animales bravos que llegan hasta las cercas de la villa á hacer sus presas, representa todo junto aquel espantoso horror, y la soledad horrible que los santos antiguos nos dejaron pintados en sus escritos, de los desiertos de Siria y de Tebaida: horror que recoge el entendimiento, provoca á la devocion, y convida al espíritu á despreciar la tierra, buscar y penetrar las estrellas de que se halla vecino, y no descansar sino con el Señor de ellas.»

La gran reputacion de Fr. Luis de Granada, que ya en aquellos tiempos de que vamos hablando se habia esparcido por toda la cristiandad, padeció un injusto menoscabo (aunque muy en breve fué victoriosamente restablecida), de resultas de un suceso ocurrido á la sazón en Lisboa, y que hizo mucho ruido en el mundo. La priora del convento de la Anunciada de aquella ciudad, llamada María de la Visitacion, era entónces objeto de la admiracion pública, no solo en Portugal y en España, sino en otros reinos de Europa, y hasta en la misma capital del mundo cristiano. Contábanse de ella estupendos prodigios, como mercedes que le con-

feria la Omnipotencia en galardón de sus supuestas virtudes. Sus revelaciones eran frecuentes y asombrosas; tenía estampadas y abiertas, en los miembros correspondientes, las cinco llagas del Salvador; un resplandor sobrenatural la rodeaba frecuentemente, y á veces se levantaba del suelo, y quedaba suspensa en el aire. Fuéron innumerables los personajes, los teólogos, los frailes de alta dignidad que dieron crédito á estos portentos. De personas de sangre real, y otras de elevada condicion, recibia cuantiosos donativos de pedrerías y metales preciosos, y muchos varones doctos y piadosos aspiraron á ponerse bajo su direccion, y consultarla en sus tentaciones, dudas y escrúpulos. Sin llegar á estos extremos, Fr. Luis cayó, como otros muchos, en el engaño; y no solo admitió de buena fe cuanto se referia de aquella mujer, sino que censuró á los que de ella se burlaban, teniendo por fabulosas sus comunicaciones con la Divinidad, y por ruines artificios los que ella presentaba como señales evidentes de un favor especial.

Entre tanto el cardenal infante D. Alberto, gobernador é inquisidor general del Reino, habiendo concebido algunas sospechas acerca de la veracidad de la monja, nombró una comision para que indagase la realidad de aquellas maravillas. Componíanla dos obispos, dos consejeros, un jesuita y un prelado dominicano. En su primera declaracion, la impostora refirió con menuda prolijidad una larga serie de prodigios que Dios habia obrado con ella, y de gracias singulares y todas sobrenaturales que le habia concedido, algunas de ellas tan indignas de la majestad del Sér Supremo, tan incompatibles con su sabiduría, que su simple narracion bastaba para declarar convicta aquella mujer de profanacion, hipocresía y embuste. Mas no parece que los comisionados quedaron muy satisfechos de su superchería, sino que procedieron á examinar repetidas veces y personalmente las llagas, haciendo en ellas diversos experimentos para asegurarse de su realidad. Estas pruebas descubrieron el engaño; y entónces se echó de ver que aquella insensata no habia tenido siquiera la astucia necesaria para sostener su papel, y dar algunos visos de verosimilitud á sus fábulas. Viéndose ya descubierta, confesó paladinamente todos sus extravíos, mostróse vergonzosa y arrepentida, y fué condenada á una severa penitencia.

Aunque eran comunes en aquel siglo estos amaños de la falsa devocion, que, por desgracia se repiten con harta frecuencia en nuestros dias, el lance de la monja de Portugal causó terribles escándalos en la Iglesia, en términos que muchos hombres graves y eruditos tomaron la pluma para comentarlo, no habiendo faltado entre ellos quien aprovechase aquella ocasion de señalar el fanatismo, la supersticion y las creencias erróneas, como vicios que dominaban entónces en la sociedad, y que eran el principal origen de la degradacion é ignorancia en que vivian sumergidos los pueblos. Uno de los mejores escritos que á la sazón se publicaron, fué obra del mismo Fr. Agustin Salucio, á quien ya hemos mencionado como biógrafo de Fr. Luis, y por ser breve la composicion, y por estar llena de buenas razones, y de sana crítica, hemos creido conveniente copiarla en este lugar. «Las cosas que por estos años se han dicho de esta religiosa, son, que Dios estos dias ha usado de tanta misericordia castigándola por sus ministros para su enmienda, como en los pasados de su inmensa bondad, sosteniéndola y esperándola. Podia decir con verdad, que nunca he dado mas crédito que el que me demandaba por fuerza la autoridad de las señaladas y principales personas, como eran las que tan confiadamente divulgaron sus alabanzas, y á quienes yo, mientras vivieron, tuve respeto, y despues de muertas, reverencié como á varones de gran santidad. Y no procedia esta mi dificultad en creer, ni de prudencia ni de cautela, que no las conozco en mí mas que en cualquiera otro de mis vecinos: sino de cierta rusticidad de mi condicion, ó dureza de mi ingenio, que nunca se dobla á creer en las cosas á que la Iglesia no me obliga, mas de aquello donde alcanza su capacidad. Cautivo sin dificultad en servicio de la fe mi entendimiento: en estotras déjole usar de su franqueza; porque me parece que era poca cortesía la que á la fe hago, si usase de la misma en lo que no es ella. Con todo eso, desde que á hombres honrados y fidedignos oigo afirmar algunas cosas en que hallo dificultad, procuro cuanto puedo no señalarme en contradecillos, ni mostrarme descreido á sus sentencias; porque sería mucho atrevimiento no entender que no alcanzo yo la fuerza de las razones que los convencerán á hablar como hablan. Si algunos de quienes me constan ser pintores ó cantores eminentes en su facultad, cada

uno alabase en mi presencia una imagen ó compostura de música, aunque á mí no me pareciese bien lo uno ó lo otro, obligado estaba á sujetar el parecer de mis ojos y oídos al de su juicio; porque la razon dice, que á cada cual en su facultad se debe crédito: cuánto con mas razon se les debe dar en negocios de espíritu á aquellos que, por conocerlos por varones espirituales, podriamos juzgar tenían discrecion de espíritus; y dado que el tiempo ha descubierto, y la experiencia notado y dado á tocar que ellos, como hombres, se pudieron engañar, y de hecho se engañaron, no por esto tienen por qué quedar corridos los que los creyeron; pues es ménos mala condicion la de quien con razon yerra, que la de quien acierta acaso. Y así, dijo bien Ciceron, que era mejor errar con Platon, que acertar siguiendo á otros filósofos. ¿Por qué no diré yo que no me afrento de haber errado con quien todo el mundo sabe que fué mas que Platon cristiano, en ciencia, elegancia y virtud? Pero, de esto luego diremos mas largo. Ahora, volviendo al principio, digo que con ser así, he sido siempre muy en contra; mas en el crédito de las cosas que se han dicho, confieso que en todos los dias de mi vida (que aunque malos, no son pocos), he oido, ni visto, ni leído cosas que tan gran admiracion me hayan hecho, ni que en mí tantas neblinas de varios pensamientos hayan causado, y así como el dolor á los enfermos facilita en buscar remedios á sus males, y al fin buscándolos, las mas veces encuentran con algunos con que ó sanan, ó siquiera mitigan algo de sus trabajos, así yo, punzado de sentimientos no pequeños, he andado conmigo vacilando y confiriendo, y quise poner en escrito lo que he sacado, no solo porque no se me olvide, sino porque quizá será de provecho, para algunos que de la misma enfermedad adolezcan. Y diré lo primero lo que me ha causado admiracion, y lo segundo, lo que de haberme admirado he filosofado.

»No fuera mucho si el demonio, trasformado en ángel de luz, nos engañara, que es mas viejo, y sabe mas, por ser de naturaleza mas subida, y usa muchas veces de esa figura. Tampoco me hiciera maravilla, si algun ministro de Satanás, trasfigurado en ministro de justicia, hubiera hecho alguna burla, de las pesadas que suelen, ayudado de su maestro. Suelen tener partes para esto: letras, elocuencia, eficacia en decir, uso y práctica de cosas, experiencia en negocios, ingenio, mañas, artificios; son taimados, matrerros, astutos como raposas: ¿qué maravilla que, de tales armas aprovechados, empecen y dañen á gentes simples, y sin otras malicias? Mas que una mujer, y no vieja (para que la edad la pudiese haber mostrado á ser matrera, sino moza, y noble, y de buen parecer, que son indicios de ánimos simples y sencillos), y sobre todo esto, de mayor simplicidad de cuantas se han visto, á lo que parecia, fué la que ha engañado á virtuosos letrados, viejos, expertos, santos, solo fiados de que no podia haber engaño con la tan grandísima simplicidad encubierta. Presto hará dos años que estando yo en Madrid, escribí al P. Fr. Alberto de Aguayo, que á la sazón estaba en ciertos negocios en Lisboa, si le parecia que podia ir á Lisboa yo á ver aquesta monja, y comunicar con ella ciertas cosas de mi conciencia. Respondióme que no, porque en ella ninguna cosa habia digna de admiracion, sino la que causaba la bondad de nuestro Señor, que en tan gran simplicidad habia hecho mercedes tan insólitas. Porque era tan simple como una niña de seis años, y estaba en aquella inocencia, que sin duda es para mí de admiracion grandísima haber podido fingirse inocencia y simplicidad, cosas tan inimitables á toda hipocresía: aunque bien habia visto que era esto hacedero, quien nos avisó de guardarnos de profetas falsos, que se nos vienen de ovejas vestidos, siendo lobos de rapiña en lo interno; pero ahora quien quiera ve que estaba de molde el aviso, y de muy pocos fué ántes ver el daño de lo hecho. El ciego juzga, y no es mucho ver ahora que de tales cosas estamos avisados. Entenderlo ántes que sucediese, fué de muy pocos, ó quizá de ninguno; porque si alguno lo entendió, no fué creído, porque los ánimos de todos eran ocupados con el juicio de la simplicidad que en esta mujer se vió, de forma que no podian entender, sino que era envidia ó malicia decir mal de cosas que tan sencillas y sin culpa parecian.

»Lo segundo que me maravilla es cómo pudo haber engaño en cosa tan fácil de ver y tan clara. A tiro de piedra se conoce si la color que una mujer tiene en el rostro es de la que se vende, ó de la que da naturaleza; y en esto se pone toda la diligencia que las mujeres pueden poner en la cosa que mas desean, que es ser hermosas. Digo yo ahora: ¿qué cataratas tenia en los ojos, ó qué nubes tan crasas, quien cosa tan visible no vió, no digo yo por aberturas

tan claras como los rayos de las redes, sino aunque fuera por celosias muy angostas? Con qué estaba templado aquel bermellon ó carmin, que no se deslavaba, ni se pegaba á la ropa, ó no daba de sí desde afuera el olor de semejantes pinturas? Item mas: si esto fuera uno ó dos dias; si aquella mujer estuviera en casa de por sí, donde no la vieran sino cuando ella quisiera, y se pudiera esconder para pintarse en su retrete, y de allí salir con aquellas llagas, ya pudiera tener esta alguna salida. Pero en un convento, y de monjas, donde todo está público y á vista de todas, y aun de algunas de vista tan de lince, que no solo ven lo que pasa tras la pared, sino lo que no pasa, ó lo que en los pensamientos pasa; cosa fuera de espantar que no lo viesen desde la primera hora, ó que, visto y aun sospechado, no lo juzgasen, no lo dijiesen, no lo pregonasen, porque el vulgo esta opinion tiene de las monjas vulgares, que son muchas do quiera, y tienen muchos con quienes comunicar, y les dan crédito.

» Todas estas razones, y otras que habrán tenido otros, están advirtiendo que tres linajes de gentes fuéron los que en esta credulidad concurrieron: unos, santos y virtuosos, como fué el P. Fr. LUIS DE GRANADA, y algun confesor de la dicha monja, y tales otros pocos: á estos, su misma simplicidad les hizo creer lo que deseaban, sin poder juzgar una malicia tan insólita, donde tan poco se podia sospechar. Del P. M. Fr. LUIS DE GRANADA, aunque á la dicha monja habló muchas veces, jamas la vió, porque tenia tan corta vista, que era casi ciego, y sin antojos no veia sino lo que junto á los ojos tenia, y con ellos veia algo desde apartado; pero muy poco mas ó ménos. Y está claro que no se puso antojos para hablar á esta monja, ó para miralla, porque yo sé á quien dijo él que en su vida habia visto mujer, porque no la podia ver sin ponerse antojos, y era mucha curiosidad ponérselos para esto. Yo le vi hablar con la reina de Portugal, que Dios tenga en el cielo, pero sin antojos; que en esto siempre fué cuidadoso y bien mirado, y no de la condicion de algunos que para hablar se los ponen, como si fuera cosa que les importara para hablar las palabras que salen por la boca y entran por las orejas, y en los ojos no tocan cosa: á mí se me antoja que hablo con la tarasca, cuando hablo con estos antojadizos. Pues, como aquellas pinturas de la cabeza se viesen de léjos, y con deseo de que fuesen verdaderas y con crédito de que lo eran, por el bueno que de la dicha se tenia, no es de maravillar que hubiese engaño.

» La discrecion de espíritu tienen aquellos á quienes Dios la da, y este don es señaladamente para conocer y distinguir la buena de la mala doctrina, y así se dijo: «No querais creer á todo espíritu, sino probadlos si son de Dios». Si aquí hubiera algo de doctrina, y el P. Fr. LUIS DE GRANADA diera crédito en lo que no debia, perdiera de su santidad conmigo: dándole en esto, ántes lo gana.

» Algunos dias ha que tuve amistad con un fraile de mi órden, que yo tenia por muy aventajado en virtud, y no me engañé; porque su fin dió de ello gran testimonio. Leia en *Vita Patrum* mucho, y era cosa que á mí me pesaba, de que un hombre letrado y de buen intento, leyese en aquel libro, que yo tenia en muchas cosas por apócrifo, y así se lo dije algun dia. Respondióme: «Mirad, de leer en este libro, mi fe no corre ningun riesgo. Por otra parte, mi voluntad se edifica con esta leccion, y saco provecho para mí de estos ejemplos. No me parece que será bien dejar de leer, pues no hay daño ninguno, y provecho mucho». Para la devocion del P. Fr. LUIS DE GRANADA sin duda era gran medio ver aquella merced que la bondad de Dios habia querido mostrar en aquella religiosa, por su sola simplicidad que en ella se veia; que esto mismo que él sintió fué comunicando á otros, cuando les escribió lo que creia, con palabras tan sencillas y tan benévolas, que por este camino fuéron algunos pocos.

» Otros, traídos por esta fama, y por lo que este Padre decia, que aunque tenian buena vista, bastaba para cegallos el crédito que llevaban, que, como la experiencia enseña, no puede ménos que el miedo para que se crean las cosas que no son, ni es posible que sean. Recia cosa para con nuestros ánimos es la Religion, y muy poderosa. Llamamos Religion, extendiendo el vocablo á significar la supersticion en que la degeneran á veces algunos buenos hombres, que, movidos por la fama, fuéron de partes remotas á ver á esta monja, y no iban con intencion de examinar quién ella era, por las cosas que en ella viesen, ó que de ella oyesen: sino con un presupuesto que la llevaban canonizada en su imaginacion. Todo lo que en ella veian, lo que les decian de ella sus monjas, tenian por milagroso; que este engaño es muy

ordinario en todos los hombres, juzgar la fruta por el árbol, habiéndonos avisado Cristo, que conozcamos por sus frutos los árboles, y que era legitimo modo de juzgar de las cosas.

» Con todo eso, no tengo yo duda, ni nadie que supiese que yo la tenia, sino que hubo muy grande, no solo hipocresia, sino bellaqueria, en algunas personas de las que la acreditaron; movidos algunos porque les habia ella untado las manos, y aun hinchírselas de cruzados, y de perlas, y de diamantes, que á ella le daban y le enviaban muchos portugueses de las Indias con mucha largueza, porque los encomendase á Dios (y de esto yo podré decir algo que supe de los que examinaron su vida), y no solo se dieron por desentendidos de lo que claramente vieron, pero contra Dios y su conciencia, aprobaron lo que debian condenar y reprobar por malo, con gran daño de los que de ellos se fiaron. Y en las mas, y de mas importancia, reinó otro intento, que fué por este camino, estorbar la entrada del rey Don Felipe en aquellos reinos, que de tan conocido derecho eran suyos; y no pudiéndose valer de armas y fuegos, y desamparados de justicia, quisieron por tan engañosos modos valerse de fraudes y de engaños, cautivando los ánimos del pueblo con supersticion, para con ella mesma tenerlas á su mano. Este fué sin duda el intento de muchos sátrapas; pero es odioso tratarlo; ni renovar la memoria de lo pasado es de provecho, y para mí lo ha sido la consideracion de esto, como dije al principio.

Sirva de excusa á la extension del pasaje que acabamos de copiar, el deseo de vindicar la memoria de hombre tan benemérito como Fr. Luis, complaciéndonos, por otro lado, en demostrar, por medio de una autoridad tan respetable, cuán bien puede aliarse la piedad sólida, con la justa desconfianza que debe inspirar todo lo que se presenta con visos de sobrenatural y milagroso. ¡Cuántas veces no se ha tachado de incrédulo y enemigo de la fe, al hombre independiente y sesudo, que rechaza las imposturas de la hipocresia y las patrañas con que se alimenta la dócil credulidad del vulgo!

Animado de muy distintos sentimientos, recibió Fr. Luis aquel amargo desengaño, con mayor pesadumbre por la culpa en que habia incurrido la monja, que por la herida que podria recibir su propia reputacion. Léjos de obstinarse en su error, ó de dejar abatir su ánimo, á vista de un suceso que podia rebajarlo en la estimacion pública, dió gracias á Dios por haber permitido el descubrimiento de la verdad, y preservado á la Iglesia del desdoro que habria traído en sí el triunfo de la mentira. No satisfecho con la expresion devota y secreta de estos sentimientos, compuso un sermón, afamado entre los suyos, en que tomó por tema las palabras de S. Pablo: *Quis infirmatur et ego non infirmor? Quis scandalizatur et ego non uror?* El fin principal que tiene á la vista en esta composicion, es manifestar el aprovechamiento que pueden sacar las almas virtuosas de estos grandes escándalos, promovidos por los que cubren con el velo de la Religion la fealdad de los vicios y los excesos de una vanidad sacrilega. Reprende la extrañeza con que se reciben en el mundo los yerros de las personas consagradas á la Religion, ya que todo debe temerse de la flaqueza de la humanidad, y á todos comprende el dicho de S. Jerónimo: «Mientras vivimos en este cuerpo frágil; mientras tenemos este tesoro en vasos de barro quebradizo, y apetece el espíritu contra la carne, y la carne contra el espíritu, no puede haber victoria cierta»; exhorta á los cristianos á temer y desconfiar de sí mismos, por muy aventajados que se crean en la práctica de la virtud, viendo con cuánta facilidad caen en el pecado los que viven consagrados á Dios, y fuera del alcance de las tentaciones y peligros del mundo; habla del escándalo, manifestando en toda su fealdad la culpa del que lo comete, y la del que se aprovecha de aquella ocasion para desacreditar las prácticas religiosas, y denostar á los que viven en el retiro y la meditacion; amonesta con severas palabras á los flacos y pusilánimes, que por ver caído al que creian virtuoso, se desalientan y desmayan, abandonando las buenas obras y santos ejercicios, aconsejándoles que en vez de perder brios por los yerros de los malos, se estimulen y enardeczan con el ejemplo de los buenos y perseverantes; concluye con unas sábias y prudentes advertencias sobre el uso de los sacramentos. El autor se dió prisa á publicar el sermón, como para acreditar en esto su humildad, y hacer una confesion tácita del engaño en que habia caído. Fué obra que hizo mucho ruido en el mundo cristiano, y de la cual se publicaron varias reimpressiones.

Este fué el canto del cisne. Cuando empezó á componer este sermón, Fr. Luis sintió los primeros síntomas del mal que lo llevó al sepulcro. Dos graves enfermedades habia padecido

en épocas anteriores. En una de ellas perdió enteramente la vista, y creyendo que jamas la recobraría, se dedicó á tocar el órgano, aprovechando los conocimientos de música que habia adquirido en su juventud. Pero duró pocos meses esta calamidad. Algunos años despues, la relajacion de una quebradura, despues de ocasionarle graves tormentos, y tenerlo largas horas á las puertas de la muerte, produjo la salida de una parte de los intestinos, que nunca pudieron reducirse á su estado natural, con cuya incomodidad vivió años enteros, sin quejarse de las molestias que le producía, ni hablar jamas á nadie de sus padecimientos.

Ya habia cumplido nuestro autor los ochenta y cuatro años de su edad, y corria el de 1588, cuando, de resultas de la abstinencia en que habia pasado aquel adviento, se le vició la digestion, en términos de producirle una fiebre lenta, que pensaron curar los médicos por medio de fuertes estimulantes, á cuyo uso siguió la exasperacion de los síntomas. Conoció el peligro, y se dispuso á la última jornada con angélica resignacion, y al mismo tiempo con una fortaleza de ánimo, que solo puede ser hija de una conciencia pura. Su muerte fué una de las mas edificantes, piadosas y santas que recuerdan los anales del Cristianismo. Ocurrió á las nueve de la noche del día 31 de diciembre del referido año. Al día siguiente se celebró su entierro, con un numeroso concurso de gentes de todas clases, y al tiempo de depositarlo en la tierra, fué tal el tropel que acudió á recoger alguna reliquia de aquel varon santo, que fué preciso que defendiesen el cadáver, puñal en mano, los dos nobles portugueses marques de Villa-Real y Rui de Silva. Su gran amigo Francisco Duarte, proveedor de las armadas Reales, mandó inscribir sobre su sepulcro el siguiente epitafio:

FRATER LUDOVICUS GRANATENSIS EX PREDICATORUM FAMILIA,
CUIUS DOCTRINÆ MAIORA EXTANT MIRACULA,
GREGORII XIII. PONT. MAX. ORACULO,
QUAM SI CÆCIS VISUM, MORTUIS VITAM A DEO IMPETRASSET.
PONTIFICIA DIGNITATE SÆPIUS RECUSATA CLARIOR,
MIRA IN DEUM PIETATE, ET IN PAUPERES MISERICORDIA,
INSIGNIUMQUE LIBRORUM,
AC CONCIONUM VARIETATE TOTO ORBE ILLUSTRATO.
ÆTATIS ANNO LXXXIV.
ULYSIPONÆ MORITUR MAGNO REIPUBLICÆ CHRISTIANÆ DESIDERIO.
PRID. KAL. IANN. AN. M. D. LXXXIX.

En romance dice así.

FR. LUIS DE GRANADA, DE LA ÓRDEN DE LOS PREDICADORES,
POR CUYA DOCTRINA SE VEN MAYORES MILAGROS,
(ASÍ LO DIJO EL ORÁCULO DE GREGORIO XIII, PONTÍFICE MÁXIMO)
QUE SI HUBIERA ALCANZADO DE DIOS VISTA Á CIEGOS,
VIDA Á MUERTOS.
MUCHO MAS ESCLARECIDO
POR HABER REPUDIADO MUCHAS VECES OBISPADOS;
ILUSTRE POR SU ADMIRABLE PIEDAD CON DIOS,
Y MISERICORDIA CON LOS POBRES.
HABIENDO ILLUSTRADO TODO EL ORBE
CON SUS INSIGNES LIBROS Y SERMONES.
A LOS OCHENTA Y CUATRO AÑOS DE SU EDAD MURIÓ EN LISBOA,
CON GRAN SENTIMIENTO DE LA REPÚBLICA CRISTIANA,
EL DÍA ÁNTES DEL PRIMERO DE ENERO DE M.D.LXXXIX.

El sepulcro de Fr. Luis estaba colocado en el antecoro del convento de Santo Domingo de Lisboa. Allí se conservó su cadáver, hasta el año de 1634, cuando por disposicion del P. Fr. Agustín de Sousa, provincial y vicario general de la provincia de Portugal, se construyó en una pieza inmediata á la capilla mayor de aquel convento, un bello monumento de mármol blanco y jaspes de diversos colores, adonde fuéron trasladados privadamente los restos del santo varon. Se costeó la obra con limosnas de los fieles, que recogió Fr. Gaspar de Toledo, religioso español, conventual de la misma casa.

Nos detendríamos demasiado, y excederíamos los límites en que los trabajos de esta especie deben encerrarse, si fuéramos á copiar, ni aun á indicar siquiera, los innumerables elogios que se han tributado al P. Fr. LUIS DE GRANADA, por las plumas mas doctas de su época, y

de las posteriores. No ha habido jamas un autor mas popular, mas aplaudido ni mas estudiado, entre los infinitos que, tanto en España como en los países extranjeros, han escrito obras de devocion y de instruccion religiosa. Los escritores jesuitas le han tributado las mas encumbradas alabanzas; y el mismo P. Mariana, tan severo en sus juicios, lo nombra, con encarecidos epitetos, en su inmortal Historia de España. El jesuita frances Gaultier, en sus Tablas Cronológicas, lo llama *insigne ornamentum Ordinis Sancti Dominici*. El P. Vasconcelos, en su historia latina de los Reyes de Portugal, lo designa como *vir egregiè pius*. El italiano Possevino, en su Aparato Sacro, se expresa en estos términos: *Ludovicus Granatæ, Hispanus, ordinis prædicatorum, theologus summè pius, orator et ecclesiastes insignis, suis operibus Christi Ecclesiam ita ditavit, ut uberrimos fructus in animis cujuslibet eos versantis ediderit.* «FRAY LUIS DE GRANADA, español, de la órden de predicadores, teólogo en alto grado piadoso, orador y predicador insigne, ha enriquecido de tal modo la Iglesia cristiana con sus obras, que ha producido copiosos frutos en los ánimos de aquellos que han frecuentado su lectura.»

En el *Sapiens fructuosus* del P. Juan Bonifacio, docto jesuita italiano, hallamos el pasaje siguiente, entre los consejos que dirige á los que se consagran á la predicacion: *sit elegans sermo noster, ornatus et pulcher, et cum voluptate salubritas, cum deliciis divitiæ conjungantur. Quam palmam Ludovico Granatensi reservatam videmus, cujus libri omnes Hispani, non minus jucunditatis, quam adjumenti lectoribus afferunt. Sic enim vir ille magnus suam dictionem temperare ipso ita rapiantur, ut non animadvertant delectationis aucupisem, numerosæque orationis harmoniam minus observent. Nam cum orationis ornamenta non desint, et sermonis quasi lautitiam nemo desideret, tamen eo eloquendi genere utitur, quod è divinis fontibus haustum, non ex Ciceronis et Quintilianæ rivulis sumptum esse videatur.* «Sea nuestra dición adornada y bella, de tal modo que aproveche tanto como agrade, y proporcione al mismo tiempo utilidad y deleite. Fué eminente en este género el P. FR. LUIS DE GRANADA, cuyas obras castellanas sirven de tanto aprovechamiento como de regalo á los lectores. En efecto, de tal manera supo aquel gran hombre templar su dición, y tan magistralmente regía su estilo, que el lector, deleitado de un modo increíble, se deja arrebatar por el ímpetu de las sentencias, sin echar de ver el cebo que lo seduce, ni sepa percibir el artificio armónico de aquel sonoro lenguaje. Sin carecer de adornos oratorios, y sin que se eche de ménos el esmero de la dición, no puede desconocerse que aquel género de elocuencia salió de la fuente divina, no de los manantiales de Ciceron y Quintiliano.»

En el artículo relativo á Fr. LUIS DE GRANADA, que introdujo el jesuita flamenco Andres Scott, en su *Bibliotheca Hispana*, se leen altos encomios de nuestro autor, interpolados con algunos datos sobre su vida y escritos. Son dignos de citarse los pasajes siguientes: *Hispanicè scripsit: quo in sermone adeo disertus, cum omnium admiratione sic excelluit, ut oraculum sit avi sui habitus, longèque à plurimorum vitiis recesserit, qui partim arabicis, partim poeticis vocibus, affectando sublime nimis dicendi genus, orationem contaminant.* «En sus obras castellanas, sobresalió tanto como elocuente, que, con admiracion general, fué tenido por el oráculo de su siglo, habiéndose apartado grandemente de los vicios que cometen muchos escritores, contaminando el idioma con voces arábicas y poéticas, y afectando una exagerada sublimidad.» *Hic unus certè inter cæteros, decus et ornamentum non familiæ modò dominicanæ, sed et hispanicæ gentis, sive pietatem spectes, qua enituit, seu eloquentiam, qua æquales omnes vicit.* «Debe considerarse este hombre con justicia, como honor y lustre, no solo de la familia dominicana, sino de toda la nacion española, ya por la piedad, en que tanto se distinguió, ya por la elocuencia, en que venció á todos sus contemporáneos.»

Las dos citas siguientes están sacadas del Origen de la Inquisicion, obra escrita en latin por Don Luis de Páramo, inquisidor de Sicilia: *Callebat hæc optimè frater Ludovicus Granatensis, in quo cognitio divinæ sapientiæ mirum in modum illurit.* «Bien penetraba estas cosas Fr. LUIS DE GRANADA, en el cual brilló de un modo maravilloso el conocimiento de la sabiduría divina. *Fratrem Ludovicum Granatensem, virum illum, in quem Deus Optimus Maximus litterarum et virtutum, etc.*

Entre las muchas traducciones que se han hecho de las obras de Fr. Luis, se distingue por su correccion y elegancia la latina del Simbolo de la Fe, por el religioso italiano, Juan Pablo